



SÉPTIMA VISION

EL PROFETA

Las olas del mar reflejaban en su tornasolada espuma los encendidos arbores de la naciente aurora cuando los jóvenes amantes se despertaron, al sentir su tibia claridad, en el seno de aquellos lugares encantados. Los tigres, los leones, las panteras, las águilas, interrumpiendo las reglas de su feroz instinto y tendidos junto á ellos sobre el espeso musgo, los contemplaban pacíficamente con mirada dulce y tranquila, mientras los niños, besando su pelaje leonado y oscuro, metían sus brazos de leche entre los dientes de marfil de las mansas fieras.

Cedar y Daidha, llenos de asombro, no podían dar crédito á semejante mansedumbre; y al ver cosas tan fuera de lo regular, se creían trasportados en sueños á un mundo ideal. Como el anciano tardaba en llamarlos, dieron algunos pasos por el jardín, pero de modo que apenas se atrevían á apoyar sus piés descalzos en el suelo, enseñándose uno á otro cada objeto con misterioso ademan, y andando con la misma reverencia y silencio con que se anda por las sagradas naves de un templo. El jardín, que formaba un plano inclinado, se escalonaba en grandes terraplenes, y al descender ambos

esposos por aquella cuesta de verdura, se hallaron delante de la abertura de la roca. Esta era ancha y tan alta que habria dado paso holgadamente á un gigante, como si una raza antigua y colosal hubiese tallado á su medida aquel inmenso recinto. Los vientos de alta mar se engolfaban de lleno en aquella arcada subterránea despues de romperse en el promontorio, haciendo que las paredes vibraran como un órgano: los rayos del sol, que aun no brillaban con toda su fuerza, introduciéndose á medias bajo la roca habitada, dejaban todo el fondo á oscuras, y confundian los objetos en una media tinta en la que luchaban las sombras de la noche y la opaca luz.

Los esposos no se atrevian á penetrar allí; su tímida mirada buscaba al santo anciano en el fondo de aquella penumbra; mas, áun cuando las tinieblas le ocultaban todavía, el vago y sordo murmullo de las palabras que pronunciaban los labios del abstraído profeta, consagrado á la oracion, les sirvió de guia para divisarlo en lo más retirado de la gruta. Cuando penetró en ella la luz del dia, hirió de lleno los párpados del buen viejo, y entrambos jóvenes, recatándose tras un ángulo oscuro, le contemplaban de frente sin que él pudiese verlos. Estaba de rodillas ante una gran piedra, con el rostro y el cuerpo vueltos hácia la luz, los brazos levantados como las ramas que surgen de un tronco, y tenia abiertas las descarnadas manos como para abarcar con ellas celestes pensamientos. Bajo la inspiracion que de su corazon emanaba inclinábase su frente, y su mirada parecia leer en el cielo abriéndose un camino al través de la peñascosa bóveda. Sobre el fragmento de granito que le servia de apoyo tenia un libro abierto ante si; libro que, considerado por los ignorantes jóvenes como un objeto misterioso, hizo que estos le tomaran por el dios del solitario, y mucho más al ver que parecia dirigirle sus plegarias, y que de vez en cuando lo besaba con respeto. Aquel libro estaba forrado de oro, y al cerrar su abraza-

dera, despedia en ella fúlgidos destellos un enorme carbunco, semejante á encendida ascua; en las placas de oro que le servian de cubierta habia esculpida admirablemente una paloma azul con ojos de diamante, melodioso símbolo de la inspiracion, la cual tenia abiertas sus doradas alas cual si quisiera remontar el vuelo. Sus patas de márfil y su pico de coral parecian adheridos al esmaltado lomo del volúmen, y sus alas, emblema esplendente del alma, se abrian y cerraban con el libro mismo. El viento entreabria á veces los ángulos de la maravillosa abrazadera y agitaba las páginas del volúmen, del propio modo que arrebatava una pluma al aveilla dormida.

El anciano, insensible al eco de sus pasos, no separaba la vista de aquellos objetos: el acompasado movimiento de sus labios daba á entender que por su mente cruzaban secretos pensamientos; y el oido percibia confusos acentos cuyo sentido quedaba á veces interrumpido por silenciosas pausas.

—¡Oh Padre de todas las criaturas! decia: oh Padre cuyo templo está do quiera existe la naturaleza y cuya presencia ditata y llena lo infinito, ¡bendito sea tu nombre en toda alma y en todas partes! ¡Que tu reino eterno, que surge diariamente, comience y termine sin cesar con la obra sin fin! ¡Que, inspirada en el amor divino, vínculo de tu bondad, toda voluntad quiera con la tuya! Concede al hombre, á ese sér efímero que brota de tu seno, el pan que necesita para su vida transitoria! Haznos gracia del tributo de que á nuestra vez la habremos hecho al perdonar á nuestros enemigos. No nos sometamos á una prueba sobrado ruda, por temor de que nuestra deleznable materia prevalezca sobre el alma; ántes bien, depáranos tu auxilio en nuestras luchas, haz que tus terrestres hijos salgan triunfantes del mal.

.....

Tal era el murmullo salido del alma de aquel santo á la hora en que la naturaleza exhala todos sus perfumes, plegaria que más adelante nos enseñó el hombre-Cristo, en la que

se oye gemir la carne con el espíritu, y en que el hombre se atreve á dar á Dios el nombre de padre, otorga á sus enemigos el perdón que él espera alcanzar, y dice, profiriendo una doble verdad: ¡A Dios, misericordia! ¡al hombre, caridad! ¡plegaría que, en el principio de las cosas, debió el hombre encontrar en lo profundo del corazón haciéndola subir hasta sus labios, y cuyos celestiales acentos, corrompiéndose en ellos, se extraviaron perdidos en el moho de los sentidos, hasta que hallándola de nuevo bajo nuestras ruinas un Verbo hecho carne, la comunicó más elevado concepto con sus labios divinos!...

Petrificados de temor y admiración, los amantes contemplaban aquel religioso fervor. A cada acento que salía de los labios del profeta, creían ver brotar de su cabeza el rayo interior que lo animaba, y sin poder acertar á qué ser superior dirigía aquel sus palabras, velábanse sus almas ante el destello esplendoroso de Dios. Por fin cerró el libro el anciano, y levantando el rostro divisó á los esposos. Del propio modo que esconde las manos el que lleva un tesoro, ocultó él el dorado volumen en un pliegue de su manto, y encaminándose á los jóvenes fascinados por el temor, los condujo de la mano fuera del oscuro recinto.

Hizo que la joven pareja se sentase á su lado en una de las verdes mesetas del sonoro promontorio, en la cual erguían sus troncos tres palmeras juntas cuyas flexibles copas oreaba el hálito de los mares. Sonrió á Daidha, rogó á Cedar que le trajera los niños, sentólos en sus rodillas, imprimió un beso en sus frentes y se los entregó á su madre, y como si el aspecto de las candidas criaturas hubiera despertado en su mente amargos y dolorosos recuerdos, enjugóse algunas lágrimas que asomaron á sus blancos párpados, y procurando luego disipar de su semblante varonil aquella pasajera nube con una tierna sonrisa, dijo con voz penetrante y paternal á los esposos que, sentados á sus piés, le contemplaban absortos:

—¡Que el acento del Señor vibre en mis palabras! ¡Pobres adoradores de silenciosos ídolos, en vano os dirigiría mi voz si Él no os hablara! ¡Pero su dedo es el que ha encaminado vuestros pasos hasta aquí, y él me manda sembrar en vuestras almas ese nombre que se había ya sembrado por sí mismo en nuestros corazones! ¡ese nombre que ha dispersado el viento profanador de las supersticiones de los pueblos, para que en esta tierra infame hubiese al ménos una raza que conservase el sello divino impreso en su alma! ¡Oh caros vasos vivientes de inocencia y de amor, derramad á vuestra vez en los demás lo que yo voy á derramar en vosotros! ¡Sea yo la brasa apagada que se consume, pero arrojada al extinguirse en la hoguera á la que prende fuego! ¡Hermosos hijos de la noche, ábranse vuestros ojos, y para aprender á conocer á Dios, conoced ántes lo que es el universo!

«Lejos de este cielo que nos cobija, del desierto en que estamos, hay otra raza de hombres que se ha multiplicado como los enjambres de abejas que salen de las rústicas colmenas. La tierra desaparece bajo las oleadas humanas de esas grandes tribus que se desbordan de las llanuras; ya no son suficientes para albergarlos los antros de las rocas habitadas en otro tiempo por ellos, sino que han brotado del suelo inmensas ciudades, construidas para su morada con grandes piedras arrancadas de las montañas. El mármol, el granito, lucientes metales, fundidos en el horno ó labrados á martillazos y ocultos en las entrañas de la tierra, los cubren con bronceadas techumbres ó forman sus murallas. Al contemplar de lejos sus descomunales contornos en donde descuellan á porfía cúpulas y torres, créese ver surgir en medio de los campos deslumbradoras montañas de hierro, plata y oro. El sol, dando en ellas de lleno, resplandece cual vasto incendio sobre aquel mar de metal, y las humaredas que se remontan desde aquellos innumerables techos extienden un velo sombrío sobre gran parte del cielo; el bullicioso rumor que esas gen-

tes producen no puede contenerse en el recinto de sus muros; óyesele á lo lejos como los bramidos del mar, y ese ruido formidable estremece la tierra á gran distancia mucho más que los rugidos de los tigres ó de las panteras. Suspéndese la respiración al escucharlo, y ante ese estruendo creciente, el hombre conoce que no es otra cosa sino una misera yerbecilla arrebatada por el vendaval ó un grano de arena de los mares sepultado bajo las olas.

»Esos hombres, hijos míos, no tienen bastante, para aplacar su hambre, con los frutos que Dios pone á su alcance; su insaciable muchedumbre devora en un solo día más de lo que en mil producen los campos; en vano es que en estos ondulen las mieses hasta perderse de vista como ondulan los mares en el espumoso horizonte, pues cometiendo un sacrilego crimen que estremece á la naturaleza, piden nuevo alimento á la sangre, que corre formando arroyos por sus cenagosas ciudades! ¡Vénse en ellas montones de cadáveres: arrastran desde las floridas praderas á la inocente oveja criada por su propia mano, y degollándola sin remordimiento á la vista del cordero, saborean su carne y viven de la muerte! ¡Así es que la sangre aun caliente que chorrea de su boca los ha hecho adquirir gustos brutales y miradas feroces, y como se sacian continuamente de alimentos crueles, sus corazones corrompidos desconocen la compasión; les agrada derramar sangre y matar al inocente, aguzan el hierro en forma de flechas ó de puñales, el oficio de matar es para ellos una gran ciencia, dan el nombre de victoria á las más horribles matanzas, y escriben sus gloriosos hechos en caracteres de sangre! ¡Un solo objeto guía á sus héroes, matar para esclavizar! ¡El pueblo los aborrece y sin embargo se mata por ellos: sin cólera y sin odio, llevan á los combates bandadas de buitres y traillas humanas que, á una señal suya, se degüellan mutuamente para saber qué déspota los tiraniza mejor!

»¡Oh! ¡Si hubieseis visto esos grandes campos de batalla

cubiertos de negros cuervos desparramando las entrañas de los cadáveres, de águilas que acuden á apagar su sed en negros charcos de sangre, de millares de hombres cuya carne se pudre, de cráneos descarnados de los cuales pende aun la cabellera, en los que anida el reptil y murmura la brisa, y de osamentas blanqueadas por la humedad de la noche, que crujen como la arena hollada por los piés!..... Si hubieseis visto grandes manadas de hienas arrastrar aullando hácia sus guaridas esas naciones humanas, y la yerba, impulsada por el viento, ondular sobre los esqueletos de un pueblo entero sepultado bajo ella, os estremeceríais de horror y os felicitaríais de ser hijos del desierto y oriundos de otra raza!.....»

Los amantes, aterrorizados, preguntaron al anciano:

—¿Pero esos pueblos de malvados viven al azar? Los padres decrepitos de esas tribus insensatas han perdido el juicio?

—Los padres de esas numerosas tribus, contestó el viejo, há ya mucho tiempo que no las gobiernan; esa dulce autoridad de la sangre, dictada por la naturaleza, fué la primera en abdicar su santa dictadura. Naciendo y muriendo con las generaciones, no bastaba ya á los progresos de las naciones; el mundo, al envejecer, perdió sus leyes prósperas, y ninguno de los hijos de hoy conoce á sus padres. Si, la misma familia ha roto sus lazos; el bruto conoce á sus hijos, pero el hombre ignora cuáles son los suyos! Fórmanse fugaces consorcios, unidos por sensual deseo, y se rompen para formar otros, obedeciendo á un nuevo capricho; y temerosos los hombres de sujetar su corazón para siempre, cambian entre sí de amores y de amantes. Habiendo pues padres sin derechos é hijos sin agradecimiento, resulta que todo sentimiento humano ha perdido su influjo, que el sagrado hogar del corazón está apagado, y como nadie reconoce más deberes que los que le impone su brutal instinto, los tiranos están más seguros de encontrar esclavos en el hombre emancipado de todas